

Congreso Latinoamericano de Investigación Turística

Eje temático 2: Turismo y desarrollo económico y socio cultural

**TURISMO Y DESARROLLO: ALGUNOS DESAFIOS DESDE LA SOCIOLOGIA
PARA PENSAR EL CASO URUGUAYO**

Alfredo Falero*

Universidad de la República
Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Educación

alfredof@adinet.com.uy

* Doctor en Sociología, docente e investigador en la Universidad de la República (Facultades de Ciencias Sociales y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación), Uruguay.

1. INTRODUCCION

Los avances que se registran en Sociología del Turismo a nivel global no tienen su correlato en Uruguay. De hecho, se puede decir que apenas se están dando los primeros pasos para generar un ámbito académico que trate la temática desde esta área del conocimiento. Confluyen en las causas de esta situación factores institucionales que no corresponde analizar aquí pero que obviamente refieren, como en cualquier ámbito académico, a espacios de poder y factores específicos de este campo de estudio. Entre estos identificamos una desconexión entre la disciplina, el debate sobre el desarrollo y la temática del turismo. Sobre algunas dimensiones centrales que deben considerarse para permitir una reconexión a nivel local trata este trabajo.

Así es que lo sigue procura registrar algunos desafíos que se presentan en esta área de encuentro entre la Sociología y los estudios sobre el turismo hacia la apertura de líneas de investigación que deben profundizarse. Es decir que es necesario considerar un doble objetivo que subyace en este cruce: la necesidad de potenciar el turismo como área de investigación académica y mostrar la potencialidad de contribución de la Sociología en tal sentido, en tanto permite dar cuenta de la complejidad que subyace a esta actividad humana y su conexión específica en nuestro país. Este doble objetivo, requiere tener en cuenta varios elementos de carácter general.

En primer lugar, implica no confundir los trabajos de consultoría vinculados al turismo con desarrollo de investigación. Lo primero puede converger en lo segundo, pero no son dinámicas identificables. Los trabajos de consultoría en general sugieren un producto específico a partir de un acuerdo con un organismo público o con el sector privado, incluyendo aquí el difuso ámbito de actuación de las ong's, que establece una actuación acotada en base a la instrumentación de un saber profesional aplicado a determinada situación concreta.

El producto puede suponer un trabajo escrito pero éste no es asimilable al producto de una investigación académica en sentido estricto de lo que puede definirse como conciencia de la investigación. Esto es: un modo de construir conocimiento que integra varios supuestos. Entre ellos, mencionamos los siguientes:

a) un razonamiento que de cuenta del movimiento complejo de la realidad social, lo cual introduce la importancia de las articulaciones como necesidad de mediación entre elementos

b) una recolección de insumos suficientes que permitan fundamentar una tesis y que permita confrontar tesis alternativas, procurando no caer en la fetichización de las técnicas elegidas para ello (es decir, evitando que terminen cobrando vida propia sobre la base de convertirlas en un recurso para mostrar el perfil profesional del producto)

c) una problematización de la realidad observada y un acento en el desarrollo de nuevas preguntas que se abren a partir del trabajo realizado (lo cual introduce el tema de lo indeterminado de toda investigación)

d) un claro perfil teórico-metodológico que asuma la importancia ordenadora de los conceptos para el desarrollo de un objeto de estudio construido y en tanto tal asumiendo la necesidad de tener presente el conocimiento directo o indirecto acumulado.

e) un proceso de elaboración general que traspase el nivel meramente descriptivo para dar cuenta de las posibilidades del análisis crítico y abriendo diversos planos de la realidad social, entre otros puntos posibles.

Todo lo anterior no se refleja necesariamente en una lógica de consultoría, más bien obligada a la construcción del dato inmediato y dependiente de las limitaciones de quien solicita la misma. Por ello, no es menor establecer en este primer punto que los aportes de consultoría pueden generar a futuro un insumo para la investigación, pero se trata de ámbitos claramente diferenciados.

En segundo lugar, significa considerar los desarrollos que ha tenido la Sociología desde su conformación como área de conocimiento específica (es decir, desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante). Adicionalmente, desde nuestra perspectiva, deben tenerse presente dos dimensiones centrales: la consideración de los aportes generales de la Sociología latinoamericana en su discusión sobre desarrollo y la conexión entre mutaciones globales actuales y lo que significa el turismo como un fenómeno social complejo que es también un espejo de la sociedad actual.

En otros ámbitos académicos, el enlace entre aportes generales de la Sociología y el turismo ha merecido diversas contribuciones que se han plasmado en aportes que van desde el manual sin mayor vuelo hasta el trabajo creativo. Sin embargo, más allá de recuperar tales contribuciones, es preciso avanzar y confluir en una visión más latinoamericana de la relación entre esta disciplina y el turismo.

La Sociología latinoamericana tiene una rica trayectoria a pesar de sus bloqueos que ha integrado la temática del desarrollo con una perspectiva crítica, no eurocéntrica. Sin embargo, tal vector de la disciplina en su aproximación al turismo muestra un divorcio generalizado –no solo local- que no ha permitido bases para aportes sustantivos y que es preciso explicar. Esto no quiere decir que no aparezcan trabajos que considerando la región asumen la tensión “entre el ocio y el neg-ocio”, por utilizar el inteligente título de una de tales contribuciones que a la vez trabaja alternativas de desarrollo (Getino, 2009). Pero sostenemos que en general se trata de insumos acotados que no terminan integrándose en un proceso de acumulación de conocimiento más general.

En razón de lo anterior, el próximo apartado propone introducir algunos elementos de la Sociología Latinoamericana que permitan mostrar tal divorcio y a la vez rescatar algunos elementos a efectos de derivar de allí, posteriormente, algunas dimensiones de análisis más globales que –fundamentaremos- es igualmente preciso considerar. Todo esto significa analizar el turismo con perspectiva crítica, lo cual nos lleva al tercer punto sobre las implicaciones de plantear el turismo como área de investigación académica y de mostrar al mismo tiempo la potencialidad de la Sociología para ese fin, como se indicó antes.

Porque, ¿qué significa examinar el turismo con una perspectiva crítica?. Bourdieu decía que la Sociología es una disciplina que incomoda pues al procurar quitar las máscaras que se construyen en la sociedad, atenta contra los intereses que se van generado y por tanto el sociólogo es una especie de policía del capital simbólico, es decir, que permanece atento a los engaños que la cultura establecida siempre querrá imponer. En el campo de la

investigación del turismo, muchas veces parece que esta premisa no se ha puesto en práctica. Se sucumbe a la naturalización del proceso sin establecer otras derivaciones. Por lo ya expuesto, no es preciso insistir en que esta perspectiva estará presente en nuestro recorrido.

2. LA INVESTIGACION SOCIOLOGICA EN AMERICA LATINA Y EL DESARROLLO: AUSENCIAS Y LEGADOS PARA PENSAR EL TURISMO.

Wallerstein, se preguntaba en un artículo si el desarrollo como concepto constituía una cinesura –es decir, una guía para el análisis- o una simple ilusión (1998). En verdad, es una pregunta abierta para la Sociología. Si lo consideramos una guía para el análisis pero a la vez manteniendo una perspectiva crítica, debemos tener presente como tal idea fue recurrente en América Latina en el campo de las ciencias sociales. Es decir que a efectos de conectar la idea de turismo y desarrollo considerando la región, primero debe realizarse un recorrido al menos rápido para ver sus desconexiones y sus conexiones. Sobre esto nos ocupamos en el presente apartado.

Auge, declinación y lento renacimiento podrían ser los términos para caracterizar tres etapas en la trayectoria de la Sociología en América Latina en su nexo con el tema del desarrollo. Calificativos que en nada se corresponden en relación con la teorización del turismo como práctica social. Pero ya se llegará a este punto, por el momento es necesario establecer brevemente los elementos que hacen al trayecto de la disciplina y sus conexiones con la economía política. Debe quedar claro que reconociendo la vastedad de esta temática y el significado de la ruptura paradigmática en el pensamiento sociológico latinoamericano ocurrido en la década del sesenta y sus conexiones teóricas actuales con las visiones del sistema-mundo que fundamentamos en otros trabajos (por ejemplo, Falero, 2006), el recorrido que aquí proponemos está fuertemente acotado. La idea es señalar algunos mojones cognitivos para no desviarnos de nuestro camino principal y a la vez permitir integrar luego algunos desafíos actuales de la relación entre sociología y turismo.

La primera etapa debe situarse con la contradictoria conformación de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina). Menos reconocido de lo que sus contribuciones ameritan, el sociólogo brasileño Ruy Mauro Marini recordaba que ésta se trató de una agencia de difusión de la teoría del desarrollo surgida en Europa y Estados Unidos con la finalidad de caracterizar, explicar –pero también justificar- unas relaciones económicas internacionales que beneficiaban a aquellos países (Marini, 1993). No obstante, puede afirmarse, si se revisan los aportes del economista argentino Raúl Prebisch, quien fue la figura clave de la agencia, que no se ajustó estrictamente al libreto previsto. La correspondencia en Brasil del perfil de este economista puede encontrarse con Celso Furtado quien en verdad ha tenido una contribución más dilatada y nutrida que el anterior, pero que aquí solo corresponde mencionar.

Para ver los orígenes de esta etapa, conviene tener presente que Prebisch en 1949, durante la conferencia de la CEPAL en La Habana, hace la presentación de su informe conocido como el “Manifiesto” que constituye un trabajo clave que, paradójicamente, en su original español no se distribuyó y sí, en cambio, ello ocurrió en inglés en 1950. Hubo que

esperar a 1962 para que apareciera “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas”-tal el título completo- en el que expone inicial y claramente como autor su perspectiva de la relación centro – periferia. Aquí el autor ya muestra una visión regional y global del desarrollo y no amputadamente nacional del problema.

Se trata de ligar la idea con el intercambio desigual derivado del progreso técnico de los centros industriales, su consecuente aumento de productividad y su capacidad para fijar los precios de exportación de tales productos frente a la producción de bienes primarios y su menor productividad que caracteriza a los países periféricos. Esa relación negativa para la periferia se seguía ampliando y a partir de allí se establecía la necesidad de generar y ampliar un margen de ahorro capaz de aumentar la productividad y tender también a la industrialización de la región a pesar de sus límites. Si bien, no configura un cuadro completo de las implicaciones que tiene la caracterización centro – periferia en el que la teoría de la dependencia tratará de avanzar, contiene un elemento clave, pues sugiere que con el mantenimiento de esa lógica centro – periferia se refuerzan progresivamente las condiciones de subdesarrollo.

Pero a nuestros efectos, lo importante es marcar como en el trabajo citado aparecen algunos embrionarios elementos que no se relacionan solamente con el aporte de la Economía y que más de 40 años después hoy vuelven a colocarse una y otra vez en diagnósticos y propuestas. Particularmente establece que “la escasez típica de ahorro, en gran parte de América Latina, no sólo proviene de aquel estrecho margen, sino también de su impropia utilización, en casos muy frecuentes. El ahorro significa dejar de consumir, y por tanto, es incompatible con ciertas formas peculiares de consumo en grupos de ingresos relativamente altos” (Prebisch, 1962: 14-15).

En este sentido está justamente la importancia de este economista: en situar una parte del problema en el comportamiento de aquellos grupos con capacidad de acumular excedente y de invertir y la utilización del mismo. Aquí, se hace visible un inevitable terreno común entre cierta primitiva sociología y la economía política. De hecho, en la década del cincuenta, Prebisch había tenido ya la influencia de José Medina Echavarría. Se trataba de un sociólogo de inspiración weberiana y que tanto en la CEPAL a partir de 1952 como luego en el ILPES y en FLACSO comienza a sacar la discusión sobre el desarrollo, de la matriz fuertemente economicista en la que desarrolló al menos hasta finales de los años cincuenta (Sonntag, 1988). Esta apertura conceptual resulta decisiva. Recuérdese que “Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico” es el título de uno de los trabajos principales de Medina Echavarría y que corresponde a comienzos de la década del sesenta (1969).

En esta primera etapa de la Sociología, la influencia de Weber para caracterizar el Estado es innegable y se articula con la perspectiva basada en Keynes que se suministraba desde la Economía. Es decir, se ve al Estado como un orden de segundo nivel que parecía envolver esa “mano invisible”. Se lo ve como una entidad con la capacidad de planificar e intervenir en la sociedad. Se lo ve con cierta autonomía de grupos y clases. De hecho, el reconocimiento de éstos como eventuales impulsores o bloqueadores del desarrollo es una convicción que comienza a difundirse.

Nótese que desde esta perspectiva, el turismo siendo integrado -de hecho- como consumo de elites que impide la capacidad de ahorro interno hacia la industrialización, lejos de verse como una actividad que puede conectarse con desarrollo, se la observa como impidiéndolo. La conexión sociología y desarrollo está claramente conectada con la capacidad de industrialización de una sociedad y no con este tipo de actividades. Por otra parte, el turismo como derecho social, solo puede rastrearse en la región en los impulsos del período Perón en Argentina entre 1945 y 1955 y relacionado con la capacidad de movilidad dentro del territorio del estado-nación y teniendo presente la conformación de una identidad nacional. Por lo que en este aspecto, de “turismo interno” y de muy embrionario “derecho social” es también una actividad marginal.

Un segundo momento dentro de esta etapa puede establecerse en la tensión entre teorías de la modernización y teorías de la dependencia. La modernización aparece como un proceso inmanente al sistema social y se relaciona con la especificidad funcional. Se está así frente a un esquema de aplicación a toda sociedad, donde no es muy difícil advertir como unos criterios de actuación se relacionan con una sociedad tradicional y otros con una sociedad moderna. Una de las grandes figuras en esta postura es Gino Germani a fines de los cincuenta y principios de los sesenta. Se trata de la correlación sociológica del esquema económico que Rostow explicita y se difunde desde los comienzos de los años sesenta con el nombre de “Las etapas del crecimiento económico” y al que agregaba el sugerente subtítulo de “un manifiesto no comunista” (Rostow, 1973).

La perspectiva marxista, por su parte, ofrecía su propia versión de la modernización, cambiando los conceptos de sociedad tradicional y sociedad moderna por los de relaciones sociales de producción feudales y relaciones sociales de producción capitalista. Se ha fundamentado en otro trabajo que más allá de las diferencias de lenguaje no se encontrará una perspectiva sustantivamente diferente, sino un mismo paradigma por el que siempre se trata de etapas que no pueden saltarse para lograr el “desarrollo” (Falero, 2006). En este último caso, la diferencia está en que antes de llegar al socialismo era preciso que se ampliaran, difundieran y universalizaran las relaciones capitalistas.

Para América Latina, el esquema conceptual no dejaba de proporcionar la ubicación desde donde se partía y una idea inequívoca de lo deseable. Pero lo típico de la transición de una sociedad tradicional a una moderna es la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes épocas. Por tanto, también coexisten actitudes, ideas, valores, pertenecientes a las mismas. Si bien existe un continuum con una multiplicidad de formas, su esquema metodológico enfatiza en los dos extremos del mismo, que, a modo de tipos ideales constituyen, como en otros autores, la sociedad tradicional y la sociedad moderna.

De este razonamiento de transición se desprende el carácter asincrónico de cambio en varios planos. Por ejemplo institucional, de modo que coexisten instituciones de distintas etapas socioeconómicas y de grupos sociales ya que unos se modifican con mayor rapidez que otros y motivacional de los mismos, en tanto los individuos pertenecen a diferentes grupos y por tanto coexisten actitudes diferentes. Las asincronías se relacionan asimismo con dos efectos sociales: el de demostración y el de fusión (Germani, 1979). Por el primero se observa que el comportamiento del consumidor es afectado por el conocimiento de niveles de consumo de otros países, por el segundo, el traslado de actitudes que no son interpretadas en términos de su contexto originario sino en los tradicionales (lo que los refuerza) y es el caso de un estrato aristocrático adoptando pautas de consumo modernas, por ejemplo el viaje turístico a países distantes.

Mencionar lo anterior es importante a nuestros efectos pues, desde esta perspectiva, el turismo se establece como una cuestión cultural ligada a la imitación de pautas de consumo de elites de países centrales o “desarrollados”. La actividad turística sería ubicada en el marco de la “coexistencia” de pautas de consumo diversas y de “asincronías” generales de lo nuevo y lo viejo, conformando “sociedades duales”. De seguir con el razonamiento se puede decir que el turismo acá sería visto como una cuestión de difusión de pautas culturales modernas.

Este análisis no permitía problematizar las articulaciones entre lo externo y lo interno. Y esto nos lleva al tema de la dependencia. Numerosos autores pueden acudir también en esta perspectiva. Por ejemplo y a modo de simple registro con visiones diferentes, están los trabajos de André Gunder Frank por un lado y Cardoso y Faletto por otro.

Frank se convierte en feroz crítico del tratamiento de las sociedades como entidades aisladas separadas de un proceso global y en uno de los primeros impulsores de la visión de dependencia de Latinoamérica y por la cual se reconocía una subordinación que arranca con la conquista española como parte del capitalismo comercial en expansión. Su postura queda muy clara en uno de sus trabajos más difundidos y donde desde el título se acuña una expresión que marca una innovación conceptual: “El desarrollo del subdesarrollo” (Frank, 1970). Contrariamente a lo que sostenía la tesis de Rostow y sus derivaciones, observa que los hoy países desarrollados nunca tuvieron subdesarrollo aunque pueden haber estado poco desarrollados.

La expansión del sistema capitalista en los siglos pasados penetró efectiva y totalmente aun los aparentemente más aislados sectores del mundo subdesarrollado. Por consiguiente, las instituciones y relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que observamos ahí, son productos del desarrollo histórico del sistema capitalista. El énfasis es claro: las relaciones “metrópoli – satélite” penetran y estructuran la vida social. Se trata de dos caras de un mismo proceso.

Contra la tesis difusionista –es decir la difusión de pautas culturales así como de capital, tecnología e instituciones hacia los sectores precapitalistas que se desprendía de las teorías de la modernización- Frank insiste en que “toda la sociedad de los países subdesarrollados ha sido, desde hace tiempo, penetrada y transformada por e integrada al

sistema mundial del que forma parte integrante” (1970: 429). Por su parte, Stavenhagen indica que la tesis correcta sería que “el progreso de las áreas modernas, urbanas e industriales de América Latina se hace a costa de las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales” (Stavenhagen, 1970: 87).

De aquí se desprende una consecuencia metodológica y otra estratégica, ambas sustantivas. Respecto a la primera la idea de reproducción de una “dualidad estructural” es falsa, ya que tiende a crear explícitamente dos o más conjuntos teóricos en lugar de observar un todo social. En cuanto a la segunda, se está ante una tesis profundamente revisora del eurocentrismo aún en su versión marxista. La tarea del científico social, razona Frank, no consiste en ver cuán diferentes son las partes sino, por el contrario, estudiar qué relación tienen las partes entre sí. De allí se deriva que si realmente se quieren eliminar diferencias, se debe cambiar la estructura de todo el sistema social que da origen a las relaciones y por consiguiente, a las diferencias de la sociedad “dual” (Frank, 1969).

En cuanto al trabajo de Cardoso y Faletto, puede recordarse su explicación de las estructuras de dominación en el caso de los países latinoamericanos, lo cual “implica establecer las conexiones que se dan entre los determinantes internos y los externos, pero estas vinculaciones, en cualquier hipótesis, no deben entenderse en términos de una relación “causal-analítica”, ni mucho menos en términos de una determinación mecánica e inmediata de lo interno por lo externo” (Cardoso y Faletto, 1990: 19). En ese sentido, la idea que subyace en todo el trabajo es de una construcción relacional entre clases y grupos en la medida que promueven sus intereses, pero con la preocupación de no ver la dependencia como una abstracción totalizante, omnipresente y paralizante. En tal sentido, aún considerando las implicaciones de la dependencia, se veía como posible el desarrollo dentro del sistema capitalista.

¿Por qué aparece tan desconectada la discusión anterior respecto a nuestro tema? En primer lugar porque tanto se hable desde las teorías de la modernización como de las teorías de la dependencia, siempre el concepto de desarrollo se relaciona con industrialización y no con actividades de “servicios”. De hecho, nadie seriamente le adjudica en este contexto posibilidades al turismo como vector de desarrollo. Simplemente subyace como una práctica de elites y de sectores medios con capacidad de conexión con las regiones centrales de acumulación y que en sus acciones reproducen la dependencia general de la sociedad

Este punto, sin embargo, no puede hacer olvidar que las aperturas teóricas mencionadas –en particular las de la dependencia- nos han legado para pensar el desarrollo: la necesidad de ver como el proceso global de acumulación de capital se integran en grupos y clases a nivel nacional. Esto es, cualquier actividad económica que se analice –en nuestro caso el turismo- requiere observar la estructura del capital sobre la que reposa. El otro legado, es la necesidad de observar la capacidad del estado-nación que se trate para regular la actividad y para retener parte del excedente generado. Retengamos pues estos dos elementos como dimensiones del desarrollo en clave crítica.

En el marco de una transición económica y política global, a comienzos de la década del setenta se comienza a asistir a la defunción de la visión centrada en la dependencia. Al

temprano golpe de estado en Brasil en 1964 se le sumó el de Chile y el de Uruguay en 1973 en un contexto de sucesión de golpes que abarcarían toda la región de la mano de militares y civiles locales con la complicidad norteamericana, todo lo cual puso en crisis a la intelectualidad latinoamericana. Las tesis dependentistas comenzaron a ser puestas en cuestión por las tesis endogenistas y neodesarrollistas que afirmaban la necesidad de reconsiderar la posibilidad del desarrollo en el capitalismo latinoamericano, suavizando el peso de la variable imperialista. Brasil era un suministrador clave de las presuntas evidencias al considerarse solo su crecimiento económico.

Las confusiones entre crecimiento y desarrollo finalmente se fueron marcando cada vez más –aunque no pocas veces el límite sigue hoy sin quedar claro, como veremos- y un conjunto de temas desapareció de la discusión, entre ellos, el propio tema del desarrollo. Las salidas de las dictaduras, colocarán el énfasis de las ciencias sociales en las transiciones políticas. Posteriormente el Consenso de Washington (1989), tendrá efectos sustantivos en la producción sociológica regional que pasa a basarse en estudios de la pobreza con perspectivas reduccionistas y con intenciones de generar insumos para las llamadas “políticas focalizadas”. En esta segunda etapa que identificamos, el turismo se extiende a la clase media, particularmente en su capacidad de viajar más allá de fronteras y Miami en Estados Unidos es un referente clave (recuérdese la paridad de las monedas nacionales con el dólar), al menos hasta las situaciones de crisis.

En la segunda mitad de la década del ochenta puede caracterizarse entonces el inicio de una segunda etapa que implica –directa o indirectamente- otras derivaciones para retener en el estudio del turismo. Recordemos brevemente algunos elementos que permiten establecer las razones de caracterizar en esta coyuntura su inicio. Para la década del ochenta, el campo de las ciencias sociales había sido brutalmente transformado respecto a la creatividad de la década del sesenta. Particularmente la marginal discusión sobre dependencia –incapacidad de generar un desarrollo autocentrado- que aún sobrevivía, se observaba con notorio desdén desde las posturas hegemónicas que terminaron puerilizando las anteriores contribuciones.

En la década del ochenta, además, "sociedad civil" se había vuelto una categoría imprecisa, laxa y un tema recurrente de análisis, por ejemplo observando el corporativismo que comenzaba a cristalizarse en el movimiento sindical o la presencia y actuación de los llamados "nuevos movimientos sociales". De hecho, el pensamiento crítico se refugió en el estudio de los movimientos sociales. El concepto de "ciudadanía" también hacía su aparición con fuerza.

La cristalización del llamado Consenso de Washington de 1989 en las políticas económicas tendría efectos aún más devastadores para los objetos de estudio de la Sociología que se refugiaba predominantemente en el análisis de los despojos sociales que dejaba la implantación del llamado “neoliberalismo”. A nivel global, desarrollo adquirió una conexión con el tema del medio ambiente a través del concepto de “sustentabilidad” y a nivel regional, a comienzos de la década del noventa, la CEPAL planteó la importancia de

la educación y del llamado “capital humano”¹ en el contexto de considerar la década del ochenta como una “década perdida”.

La nueva centralidad en la educación tendría con el correr de los años otras derivaciones con su conexión con la llamada “sociedad de la información” y la “sociedad del conocimiento”. Más allá de los rótulos, más allá de las perspectivas, más allá del proyecto político subyacente, el contexto de transformaciones globales implicaba la idea de que la generación de conocimientos y su aplicación eran cada vez más decisivos para cualquier actividad. Es decir, que esta es otra dimensión que corresponde retener para el análisis del turismo: el tipo de fuerza de trabajo requerido y su capacitación, estableciendo la diversidad de situaciones que se plantean.

Por otra parte, a mediados de la década del noventa, parecía claro que se estaba en una fase de creciente interconexión y dominio geográfico del capital que solía identificarse como globalización. La Sociología comienza a introducirse lentamente en el análisis de estos procesos transnacionales. También a criticar las políticas macroeconómicas asentadas en la apertura del mercado (postura que entonces resultaba indiscutidamente hegemónica) y en plena efervescencia de la discusión sobre globalización. Pero las lógicas hegemónicas se siguen plasmando en “fotografías” de situaciones concretas de pobreza y sus consecuencias en distintos espacios sociales (como por ejemplo la repetición escolar en barrios marginales). Esto era útil para la instrumentación de las llamadas políticas focalizadas.

Sin embargo, el debate sobre “globalización” ineludiblemente interpela a la Sociología y con éste aparecen temáticas como el turismo que ya por entonces había adquirido una dimensión de la que décadas atrás carecía. Aquí puede establecerse el inicio de una tercera etapa. Es paradójico que esta operación cognitiva se hace predominantemente obviando los aportes anteriores de la sociología latinoamericana y su insistencia de contar con una mirada de análisis global no eurocéntrica. El renacimiento del pensamiento crítico con un tono más regional, está asociado al impulso de centros como CLACSO desde su sede en Buenos Aires. Es en este contexto donde resurgen temas como la discusión sobre la autonomía de instituciones estatales, su papel y capacidad, las transformaciones en estructuras de poder o las articulaciones transnacionales de procesos sociales que se analizaban dentro de los límites de los estados-nación. De hecho, la asociación entre turismo y perspectiva crítica llegó a generar algunas contribuciones. Por ejemplo, importantes dimensiones que hacen a la conexión entre acumulación de capital y el turismo, en particular la mercantilización de la naturaleza, fueron trabajados por Allen Cordero (2006).

De esos impulsos, de las transformaciones políticas principalmente a partir de los inicios del siglo XXI, el debate sobre el desarrollo en sus diversas variantes de significados y posibilidades reales, se reinstala. Sin embargo la discusión está lejos de tener la intensidad y la creatividad de la década del sesenta. Sobre las estructuras de poder se avanza lentamente y sobre el proyecto de sociedad implícito, el panorama sociológico no provee de insumos importantes para pensar lo que ocurre.

¹ La CEPAL junto con la UNESCO, participó en 1992 en la elaboración del documento “Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad” que tuvo fuerte impacto en la región.

En esta etapa, el desarrollo pasa a estar asociado en las posturas dominantes a conceptos como capital social. La agenda fue particularmente incentivada por las agencias multilaterales. En el caso del BID por ejemplo, se desarrolló un programa específico para promover la relación entre ética y economía que implicaba de hecho a la Sociología. Bernardo Kliksberg, coordinador de la "Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo", popularizó en América Latina la idea de "una economía con rostro humano" que constituyó el título de uno de sus libros.

Si bien no dejaba de postularse que el Estado debía asegurar derechos sociales básicos a todos los ciudadanos (lo cual le separaba de la visión liberal predominante de la década del noventa), la idea central era una coordinación ética entre instituciones estatales y actores sociales. Se asumía la importancia de la sociedad civil que junto con instituciones estatales, podían promover una tarea de educación entre los consumidores para que eligieran relacionarse con las empresas más éticas. Como se observa, existe mayor consenso que hace unos años en que hablar de desarrollo supone ampliar la discusión más allá de variables económicas estrictas. Sin embargo, los instrumentos para ello están acotados a una visión estrecha de la sociología.

El concepto de capital social aparece notoriamente influenciado por la tradición sociológica norteamericana a través de Coleman y Putnam y no por la francesa especialmente a partir de Bourdieu. En el primer sentido se trata de conciliar la acción racional con las relaciones sociales que pueden potenciar o reducir a aquella. Se concede particular importancia a valores como la confianza y a redes sociales como el voluntariado. En el segundo sentido -que a diferencia de la anterior versión se generó en clave de crítica- capital social aparece como una dimensión más de la desigualdad social junto al capital económico y el cultural.

De esta forma, Putnam (1993) muestra que el éxito económico depende del capital social acumulado por asociaciones que privilegian redes horizontales. El mito que se establece a partir de la perspectiva del capital social, es de una relación directa: más capital social es igual a más desarrollo. Este aparecerá dependiendo fundamentalmente de que existan y se regeneren esos lazos sociales, quedando en un segundo plano otras dimensiones centrales de la discusión para países periféricos: capacidad del Estado y como lo puede potenciar, con qué actores y clases se cuenta, objetivos sociales del proyecto, fuerzas productivas que son potencialmente desencadenables y como se gestionan, etc.

¿Cómo se relaciona el turismo con el concepto de capital social? Por ejemplo, Antón Álvarez Sousa en España, tributario del concepto en el sentido de redes de conexión como potenciadoras de emprendimientos, lo resume de esta forma: "el turismo contribuye al desarrollo del capital social, tanto del nivel más básico (relación entre personas), como del nivel más elevado (relaciones entre distintos países y regiones del mundo), o del nivel intermedio (relaciones entre empresas, asociaciones, etc.)" (Álvarez Sousa, 2005: 64). Ilustra el punto con el caso del "Camino de Santiago" y de las asociaciones y aglutinación de intereses que permitieron potenciar este destino de turismo religioso.

Desde este punto de vista, el capital social es uno de los tipos de capital que puede potenciar el turismo junto al capital financiero o económico, humano, ecológico, simbólico,

patrimonial e infraestructural. Sin embargo esta perspectiva general (más allá del autor mencionado) considera el turismo como una actividad intrínsecamente positiva, potenciadora de desarrollo y, a nuestro juicio, no refleja las tensiones y contradicciones que como toda actividad social tiene. Y una idea de desarrollo expuesta como guía de análisis con perspectiva crítica debe asumir tales elementos. Particularmente cuando trabajamos en América Latina, es preciso incorporar la idea de turismo como potenciadora de aspectos positivos pero también efectos negativos no buscados.

3. EL TURISMO COMO CONSUMO GLOBAL: ENTRE LA ADAPTACION PASIVA Y LA INTEGRACION ACTIVA A LA ECONOMIA-MUNDO.

La transición global en curso se ha examinado desde la sociología desde diversas formas y sugiriendo énfasis en elementos diferentes. A simple modo de registro de algunas de las aproximaciones más conocidas: desde la modernidad a la posmodernidad como formatos del capitalismo (Sousa Santos), de un sistema-mundo a un nuevo sistema-mundo (Wallerstein), del capitalismo organizado al capitalismo desorganizado (Lash y Urry), del fordismo a la acumulación flexible (Harvey), de la era industrial a la era de la información (Castells), de la forma imperialismo a la forma imperio (Hardt y Negri) entre otros.

Todos coinciden en cambios globales en curso que se viene registrando desde las últimas décadas y que entre otros elementos suponen transformaciones espacio-temporales en las relaciones sociales. La capacidad de movilidad geográfica y de atravesar fronteras ha aumentado considerablemente a pesar de la extrema desigualdad de posibilidades. John Urry (2004), por ejemplo, ha analizado en tal sentido el significado (el cambio cualitativo) de flujos de viajeros y turistas que se desplazan de un lugar a otro. Agreguemos que a nuestro juicio, las formas de movilidad rápida en determinados segmentos sociales (clases medias y altas), la presencia de personas cercanas al entorno individual viviendo en lugares distantes, tienen efectos importantes en la producción de subjetividad colectiva.

De hecho, se puede decir que con el apoyo de las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TICs) se globaliza una “globalización imaginada” de las elites, pautada por la modificación de los parámetros de próximo o lejano y de movilidad geográfica. Es una globalización imaginada dominante frente a otras perspectivas marginales y construidas sobre otros referentes (por ejemplo, piénsese el significado de la mayor presencia de las transnacionales en la producción y el consumo y en la transformación de la economía-mundo).

Sobre la base de una emergente revolución informacional (proceso que incluye pero excede largamente la dimensión de las TICs), tiende a profundizarse la asimetría entre regiones centrales y regiones periféricas y no a anularse tales referentes analíticos, tal como se procuró demostrar en un trabajo reciente (Falero, 2010). Además, los cambios ocurridos desde comienzos del siglo XXI en América Latina (región periférica de la economía-mundo), es decir, un nuevo contexto sociopolítico que se cristaliza en diversas manifestaciones sociales y recambio de elites políticas más orientadas a reintroducir la temática del desarrollo y a desafiar un modelo de acumulación excluyente (aunque eso no

necesariamente esto signifique avances sustantivos en ese sentido), sugieren la necesidad de replantear el tema del turismo en relación al desarrollo en el nuevo contexto.

Hasta ahora un planteamiento de una relación no lineal entre turismo y desarrollo desde la Sociología en América Latina exige considerar, de acuerdo a lo visto en el apartado anterior, al menos los siguientes elementos:

1. que el turismo ya no puede considerarse más una actividad social que supone el consumo ostentoso de determinadas elites y por tanto un obstáculo al desarrollo para la región, sino que se constituye en una dimensión más del consumo y por tanto de diferenciación social.
2. que examinar la estructura del capital de los proyectos turísticos y la capacidad del Estado de retención de parte del excedente generado es clave, por lo cual no se trata meramente de cuantificar lo que “deja” el turismo a una sociedad.
3. que las prácticas turísticas pueden significar una enormidad de posibilidades y por tanto el perfil de fuerza de trabajo que se integra puede igualmente variar mucho por lo cual es necesario atender en particular a la inteligencia aplicada a la actividad específica que se analiza.

Agréguese a estos tres puntos, un cuarto fundamentado en otro trabajo: el turismo en el actual contexto debe ya ser considerado un derecho social (Falero, 2008). Allí sustentábamos que la necesidad social del ocio, y en particular del ocio creativo, en el actual contexto sociohistórico de necesidad de liberación del tiempo de trabajo, de separación de lo cotidiano del lugar de descanso, habilita a pensar en el turismo en tanto viaje, en tanto contacto con lo diferente, aún dentro del mismo país como un derecho social. Pero como ocurre con cualquier necesidad, su resolución como construcción de un derecho implica una construcción social a partir de demandas del campo popular. El concepto de desarrollo en el sentido latinoamericano expuesto, también implica considerar este aspecto de expansión radical de derechos.

Ahora debemos avanzar otro paso en la relación de nuestro tema con los procesos globales en curso y con la capacidad de promover el desarrollo en una sociedad y considerar elementos que nos parecen centrales afirmar para pensar el turismo en tanto práctica social y a la vez eje de acumulación de capital. Este paso cognitivo tiene que ver con la necesidad de tomar conciencia desde la investigación académica en turismo de los numerosos aportes que procuran marcar las transformaciones sociales globales operadas desde una dinámica de acumulación flexible, pues la potencialidad del análisis depende de esta apertura de planos de observación. Destacaremos tres ejes de análisis.

En primer lugar, debe considerarse que ahora el tiempo de vida humana ha sido totalmente “vampirizado” por el de la producción social. Para Antonio Negri, por ejemplo (siguiendo a Marx en el capítulo VI inédito), la explicación hay que hallarla en que en una sociedad basada en la supeditación o subsunción real del trabajo en el capital (que sustituye la etapa de supeditación o subsunción formal del trabajo en el capital), el trabajo abandona la fábrica para hallar en todo lo social, el lugar adecuado a las funciones de consolidación y de transformación de la actividad laboral en valor (Negri, 1992; Hardt y Negri, 2002). Desde esta perspectiva, la producción de bienes “inmateriales” (no el sentido del proceso de trabajo, sino de la intangibilidad del producto final) y que implican como nunca antes la cooperación, la comunicación y la creatividad en el trabajo (esto último en algunos casos)

cobra otro valor y por tanto requiere otra atención en el análisis. De todo lo cual se puede concluir que la “producción” del turismo no solo debe valorarse en sus dimensiones tangibles (infraestructura, por ejemplo), sino en sus aspectos simbólicos.

En segundo lugar, debe considerarse el nivel subnacional de lo urbano ha adquirido otro valor analítico, logrando desestabilizar la anterior jerarquía de escalas centradas en el estado-nación. En ese sentido la socióloga Saskia Sassen enfatiza la idea de desnacionalización de componentes de los estados-nación que funcionan para dinámicas globales (Sassen, 2007). Siguiendo a la autora podríamos preguntarnos, ¿qué hay de “nacional” en los componentes que funcionan como espacio institucional para dinámicas centrales –o al menos parcialmente estratégicas- de lo que suele llamarse globalización? Y la respuesta es que pese a ser formalmente “nacionales”, muchos componentes institucionales no son tales en el sentido histórico del término.

Es decir, si se vive la “desnacionalización” del estado-nación, es preciso analizar también las prácticas turísticas en ese registro. O para ser más precisos, debe examinarse el componente de “desnacionalización” contradictoriamente con la producción y venta de construcciones simbólicas “nacionales”, la “identidad nacional” que se plasma a la vez en diferentes productos culturales que procuran marcar una especificidad. Lo cual lleva a plantear que la ecuación procesos de desnacionalización – procesos de nacionalización supone otra combinación.

En tercer lugar, finalmente, es preciso considerar al producto turístico dentro de un mercado global de bienes simbólicos. Pierre Bourdieu (2010) habló de un “mercado de los bienes simbólicos”, lo cual significa considerar un espacio social específico. Dentro de éste, ya podría hablarse de un proceso de autonomización de bienes turísticos, lo cual supone un conjunto de agentes que producen y compiten por la venta de este tipo de productos.

El campo de producción y de circulación de bienes turísticos asume carácter global y por tanto el poder del agente le permite “imponer” la importancia atribuida a determinado producto, una forma de mirar y criterio de evaluación del mismo. Esto sugiere un proceso de distinción, de jerarquías, en función de los recursos que se disponen, lo cual lleva, como ocurre con la capacidad de imponer cualquier producto, a una separación y diferenciación de posiciones globales en la capacidad de producción y venta de un producto turístico. Esta línea de análisis, a nuestro juicio, permite conectar con lo anteriormente establecido sobre profundización de la separación entre regiones centrales y regiones periféricas en la economía mundo.

América Latina ha tenido la capacidad de disputar posiciones de poder en la producción de bienes turísticos. En este sentido, hay que tener en cuenta que hay espacios sociales que actúan para la reproducción de los mismos. En particular la cultura y la educación cada vez tienen más importancia en la valorización de un producto en tanto capacidad de construir, atribuir y reproducir determinadas características (patrimoniales, ecológicas, identitarias, etc.) a determinado territorio, bien físico, costumbre, etc.

Pero en este proceso, debe tenerse en cuenta que –también como ocurre con otras prácticas sociales- se ha derivado en lo que podría denominarse la “espectacularización de la realidad”. Es seductora en este sentido la postura de Baudrillard en el sentido de muerte de lo real y de permanente construcción de simulacros, es decir, de permanente generación de modelos sin origen, de éxtasis de imágenes despojadas de realidad pero que terminan imponiéndose, de simulacros que tienden a fagocitar los acontecimientos reales hasta el punto de que la complicidad en el proceso hace ya imposible llegar a la realidad. Un ejemplo clásico en este sentido es Disneylandia, modelo de órdenes de simulacros entremezclados, escenificación que dibuja el perfil de “América”, de su “way of life” y que tal vez existe para ocultar que es el país real, toda la “América” una Disneylandia. Ya no es posible discernir lo verdadero de lo falso (Baudrillard, 1978)

El planteo de estas tesis que construye la perspectiva teórico-metodológica de separación completa e irreversible entre signo y realidad, de representaciones cada vez más complejas y sofisticadas del objeto que terminan sustituyendo al objeto mismo, choca contra la perspectiva teórico-metodológica de Bourdieu a la cual aludimos y la que nos parece más sustantiva. Es decir, si bien algunos elementos del autor vinculados a la “espectacularización” de la realidad pueden ser considerados en nuestro tema, la postura de no ver esto como un recurso producto de agentes específicos y de estrategias específicas, nos hacen alejar de Baudrillard. Preferimos, entonces, señalar a partir de Bourdieu que se trata de un poder simbólico que, como tal, tiene el poder de “construcción de la realidad”, tiende a establecer un orden gnoseológico. Las producciones simbólicas –y un producto turístico lo es- deben sus propiedades más específicas a las condiciones sociales de su producción y a la posición del productor en el campo de la producción (Bourdieu, 2005).

Ahora bien, si articulamos estos tres puntos, debe concluirse en la siguiente idea: existen, como se sabe distintos tipos de turismo, pero en general puede decirse ya no es posible pensar el turismo como la experiencia de la visita a un lugar concreto. Dentro de las dinámicas actuales, toda la sociedad se convierte en destino turístico potencial. Así como la relación entre trabajo y capital se han deslocalizado de la fábrica como lugar de producción, toda la sociedad pasa a estar tensionada por los intereses del turismo.

La acumulación de capital a partir del turismo ya no puede ser pensada como la mercantilización de un servicio turístico concreto, de la explotación de una específica “mercancía” turística. Además, elementos como la complejización de la actividad, las nuevas tendencias en cuanto a conocer más allá de la replicación del catálogo -que naturalmente coexiste con su contraria hegemónica de formatos tradicionales- entre otros, llevan a considerar a toda la sociedad cruzada por intereses derivados del poder organizador que tiene el turismo en tanto dinámica global. Cuando decimos “formatos tradicionales” aludimos a lógicas de turismo acotadas a la visita del producto turístico específico, a la experiencia social más elemental e inauténtica de solo mirar sin interactuar con nadie, en suma, a dinámicas que no estimulan la necesidad de comprender a la sociedad receptora del viaje (y viceversa) y de interacción con lo diferente.

Paralelamente con lo anterior, el capital reclama al estado no solo apoyos específicos (inversión en marketing de un destino, por ejemplo) sino condiciones sociales generales para que la actividad turística pueda desarrollarse. Y estas condiciones pasan por una

diversidad de puntos: infraestructura general, seguridad, limpieza urbana, espectacularización de la realidad, etc.

Todo lo anterior complejiza el tema de los “impactos” del turismo en una sociedad o los llamados “efectos negativos”. No solo se trata, por ejemplo, de los extremos del turismo sexual en sus formas más crudas, no solo se trata de la destrucción medioambiental que determinadas máquinas turísticas terminan imprimiendo en un territorio, no solo se trata de la trivialización de la memoria que las visitas masivas a un determinado lugar pueden implicar, sino que el tema debe ser construido con una perspectiva de totalidad social. Es decir, reparar simplemente en los “efectos” negativos que se asumen intrínsecamente como puntuales, acotados, menores, impide considerar al turismo como espejo de prácticas sociales y como tales, cruzadas por contradicciones, por intereses diversos de los agentes sociales, por proyectos de sociedad encontrados que conciben formas de ser y estar en el mundo diferentes.

Por todo ello el aporte de la Sociología a la investigación en turismo no puede limitarse a la construcción y suministro del dato. También pasa –sobretudo pasa- por desestabilizar la linealidad mecánica que suele establecerse en la ecuación por la cual mayor cantidad de turistas equivale a más crecimiento económico general y ello es igual a más desarrollo. Sobre como esta ficción se ha manifestado en el caso uruguayo, se tratará de mostrar algunas pistas en el siguiente apartado.

4. CUANDO TODA LA SOCIEDAD FORMA PARTE DEL JUEGO GLOBAL: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE TURISMO Y DESARROLLO EN EL CASO URUGUAYO.

En nuestro trabajo sobre la revolución informacional en curso y donde se investigaba en particular lo que definíamos como “enclaves informacionales”, examinábamos como Zonamérica se vendía en el exterior construyéndose simbólicamente con un perfil de parque tecnológico y de negocios. Allí se fundamentaba la tensión entre la venta de su especificidad en infraestructura para tales fines y con todas las ventajas que tiene una zona franca en Uruguay (que, más allá de la postura jurídica, es y a la vez no es parte del estado-nación) y la venta de Uruguay como totalidad, que requiere mostrar indicadores generales. Entre ellos se mencionaban: bajo nivel de conflictividad social, niveles de seguridad adecuados en relación a la región, desarrollos en infraestructura, “excelentes índices en materia de libertad civil, política y económica, transparencia y corrupción” y así se pueden seguir adicionando indicadores que tienden a incluirse en las presentaciones de esta zona franca en el exterior (Falero, 2010)².

En el caso anterior, pero en general ocurre cuando se promociona la captación de inversiones extranjeras directas (IED), toda la sociedad es puesta al servicio de las mismas. El “clima de negocios” funciona como un mecanismo de disciplinamiento social. ¿Qué

² Cabe señalar que entre las empresas que se encuentran en esta zona franca, está Sabre dedicada a servicios turísticos, y que se constituye en un gran “call center” en el que trabajan unas 870 personas y sobre el que nos detuvimos en particular desde una perspectiva de sociología de la globalización.

relación existe entre negocios, instituciones y tejido social? En la actualidad, mucha y en tal sentido se genera una competencia entre territorios por ofrecer las mejores “condiciones” para la IED lo que significa un chantaje sobre los derechos sociales.

En ese marco de presión también deben entenderse aproximaciones periodísticas de países vecinos sobre el caso uruguayo que procuran mostrar las ventajas para el capital que ofrece Uruguay más allá de lo económico. Por ejemplo, en Argentina se habló de “ese encanto de la calidad democrática” en Uruguay y que supone “tener un proyecto de país en común” -por utilizar la definición y las palabras de una nota del diario Clarín³- en el marco de las elecciones en Uruguay pero también de su ofensiva de este periódico contra el gobierno argentino y principalmente contra su ley antimonopolios en los medios de comunicación. Es decir, el capital procura modelar la democracia a sus intereses y en ese sentido aparecen luchas simbólicas.

El “clima de negocios” se convierte en mucho más que la política económica aunque obviamente ésta pesa en las presiones de los agentes. Y como ocurre en otros países, en nuestro caso un peso uruguayo fuerte en relación al dólar, eleva la salida de uruguayos y disminuye la entrada de potenciales turistas extranjeros, lo que lleva a los grupos con intereses en el sector turístico a presionar sobre las instituciones del estado⁴. Es decir, que los intereses turísticos en Uruguay, como también ocurre en otros lugares, incitan y modelan decisiones más generales. Éstas, finalmente, siempre dependen de los recursos que el agente puede hacer jugar a su favor.

De la misma forma, la venta del producto turístico –las playas del este, por colocar el ejemplo más común- supone mucho más que la venta de ese espacio territorial concreto, implica la venta de la sociedad uruguaya en su conjunto. La construcción de un supuesto uruguayo “medio” modelo contribuye en ese sentido: el uruguayo pasa a ser así “educado”, “correcto”, “amable”, “culto”, etc. Todo lo social favorece entonces la acumulación de capital.

Además, los procesos globales en curso hacen emerger un nivel subnacional “desnacionalizado” cuyo caso más notorio en relación al turismo en el país es Punta del Este. Todos se comportan como si ese lugar “es” Uruguay, particularmente porque requiere condiciones sociales de reproducción que administra el estado uruguayo, pero a la vez todos saben que se trata -en particular por unos meses- de centro de cruce de intereses transnacionales regionales que son los que le construyen su prestigio en determinados espacios sociales y los que permiten también su reproducción.

Otro elemento a integrar es que, como ocurre en estos casos, con el turismo existe una operación simbólica que promueve e impone una asociación de ideas –el poder simbólico, recordemos, supone poder de construcción de la realidad, como examinó Bourdieu (2005)- que se representa en la correlación de que cuanto mejor les vaya a los operadores de los

³ “Uruguay: ese encanto de la calidad democrática”, Marcelo Cantelmi, Clarín, 24 de octubre de 2009.

⁴ Entre los múltiples artículos periodísticos que pueden acudir para ilustrar el punto, el ahora discontinuado diario “Plan B” titulaba una de sus noticias el 30 de octubre de 2007: “Borsari (en referencia al presidente de la Cámara Uruguaya de Turismo): “Dólar bajo es un mazazo para el turismo”.

negocios turísticos, mejor le va a la sociedad en su conjunto. Este mecanicismo se reafirma desde el propio discurso del Ministerio de Turismo. Ya no existe necesidad de fundamentar a la sociedad por qué el aumento de divisas por turismo o el aumento de visitantes, cifras que cada tanto se reiteran, suponen mecánicamente desarrollo y por tanto bienestar general.

Así por ejemplo, en una extensa entrevista en abril del 2010 con la viceministra Liliam Kechichian, la nota periodística titula: “en 5 años, el turismo generará divisas por 1.700 millones de dólares y llegarán 500 mil visitantes”⁵. Allí se explica, entre otras cosas, como se superaron originales “prejuicios” que derivaron en el acople público-privado, a partir del gobierno de Tabaré Vazquez. Es decir, el “aprendizaje” lleva al fin de las tensiones, al final feliz, el discurso promueve que ya no existen intereses privados concretos sino solo intereses comunes de todo el país.

Así es que considerando algunos de los elementos que se ha marcado anteriormente como dimensión del desarrollo como es la estructura del capital y la capacidad del Estado de retener algo del excedente producido, aquí simplemente se disuelven. Las distintas formas de turismo terminan siendo al final solo una cuestión de cuentas públicas y, en ese sentido, momentos en las batallas por las cifras de visitantes y de ingreso de divisas. Un éxito en ese sentido permite acumular capital político para el gobierno y este es el principal desafío.

De hecho, los balances de fin de temporada de verano suelen ser pródigos en mostrar cifras y explicar poco. En cuanto a cifras finales del 2009, se dice por ejemplo en una de las notas periodísticas sin agregar más elementos que aumentó 5 % el número de turistas respecto al año anterior y que en materia de divisas, se recibieron 1.300 millones de dólares lo que significa 26 % más⁶.

En este sentido, reforzamos la idea por la cual una de las contribuciones de la Sociología en la investigación en turismo, debe ser mostrar posiciones sociales de agentes (privados, estatales, eventualmente de la llamada “sociedad civil”) vinculados a este espacio social, sus discursos, sus recursos, las tensiones visibles o ocultas y como se van construyendo subjetividades colectivas en torno al tema. O como se van naturalizando intereses sociales específicos y como mecánicamente aparecen transformados en intereses de toda la sociedad sobre la base de la construcción de un consenso colectivo, como en este caso.

Otro punto que conecta la actividad turística con la sociedad en su conjunto, tiene que ver con la ciudad transformándose en escenario ampliado de las prácticas de turismo. Dos aclaraciones caben en una primera instancia. En primer lugar, en la línea indicada en el apartado anterior, se trata de un proceso global. Un caso emblemático es Barcelona sometida a innumerables operaciones de cirugía estética urbana a fin de ocultar realidades sociales complicadas, dotada de infraestructura y tematizada casi toda ella como espacio histórico-cultural para turistas (Delgado, 2005).

⁵ Entrevista en Crónicas Económicas, 16 de abril 2010.

⁶ “Actividad en crecimiento. Terminó la temporada estival 2009-2010; el gasto de los turistas en enero y febrero fue superior al del verano anterior”, artículo de La Diaria, 06.04.2010.

En segundo lugar, lo que se procura indicar tampoco puede ser entendido estrictamente como novedad. Por ejemplo, se ha señalado como la acción municipal en Montevideo en las primeras décadas del siglo “se apropió del espacio y diseñó un paisaje de uso colectivo e integrador que actuó como instrumento promotor de la imagen turística que las autoridades gubernamentales aspiraban proyectar de la ciudad para luego dar paso a la intensa ocupación residencial” (Da Cunha y Campodónico, 2005: 43). Es decir, lo que quiere establecerse aquí es que el nivel de intervención urbana, de espectacularización de la realidad para fines turísticos a nivel global y con su correlato a escala de Montevideo, alcanza una profundización desconocida y por tanto sugiere un cambio cualitativo.

Esto significa diferentes elementos a tener en cuenta. En primer lugar, que los intereses del turismo pueden tensionarse con el de otras actividades económicas en forma mucho más agresiva. La esquizofrenia de proyectos que vive la zona oeste de Montevideo (desde la Aguada a la costa más allá de la zona del Cerro) es un caso importante.

Por ejemplo, aún no está claro hasta donde el énfasis en actividades portuarias y de logística o las industriales (refinería de ANCAP) pueden coexistir o articularse con proyectos turísticos como el puerto de pasajeros proyectado por Buquebús en la zona próxima a la Estación Carnelli del ferrocarril (claramente una zona de actividad logística). O como la apuesta de la Intendencia de Montevideo (período 2005 – 2010) de desarrollar con perfil turístico e inmobiliario la zona de Capurro puede ser compatible con una proyectada terminal de barcos pesqueros que actualmente confluyen en el puerto de Montevideo. En conclusión, se observan impulsos contradictorios y una tensión entre agentes y proyectos donde la presencia de intereses de la actividad turística puede, como los otros, remodelar una parte importante de la ciudad. Las potencialidades paisajísticas aún sin mercantilizar en la zona, sin duda marcan una tensión aún no resuelta entre diversos intereses del capital.

En un estudio reciente, también se ha examinado como la construcción de un “escenario turístico” en la peatonal Sarandí supone la conformación de un producto que implica transformar urbanística y socialmente esta parte de la Ciudad Vieja (toda ella, en verdad, en proceso de rápida transformación), disciplinando agentes sociales que permanecen y modificando las reglas colectivas generales (Buere, 2010). En otras palabras es necesario traspasar las mejoras estéticas (por otra parte reales comparando con la degradación acumulativa que venía teniendo el barrio) y considerar las realidades sociales en estas dinámicas urbanas, intereses beneficiados e intereses perjudicados.

No obstante, en ocasiones los intereses relacionados con un potencial turismo pueden converger con intereses más generales de un barrio para proyectar un espacio. Este parece ser el lento proceso de mejoras del barrio Peñarol en la zona próxima a la estación. El potencial del patrimonio ferroviario puede articular aquí cultura y turismo para llevar a la revitalización de una zona. El rescate de la historia ferroviaria –si bien es paradójico que es una historia pautada por la destrucción y la decadencia a nivel nacional- puede articularse con dinámicas de activación urbana más allá de impostaciones e imágenes turísticas.

La diferencia entre un caso y otro son notorias, pero precisamente de la comparación surge el conocimiento. Y en este sentido, debe marcarse, finalmente para este apartado, la importancia para la investigación de traspasar el estudio de casos concretos para llegar a aproximaciones transversales que puedan llevar el análisis a otro nivel. Este es justamente otro de los desafíos que enfrenta la investigación sociológica en turismo en Uruguay en su conexión con ese escurridizo concepto de desarrollo.

5. EL FIN DE UN RECORRIDO: ALGUNAS CONCLUSIONES PRIMARIAS.

Al revisar el legado acumulado en las últimas décadas de la Sociología Latinoamericana observamos como el turismo pasó de obstáculo a considerarse uno de los posibles ejes del desarrollo. Si sociedad moderna equivalía a industria, hoy puede decirse que equivale a un conjunto complejo de actividades, entre ellas los servicios y entre éstos el turismo. Más aún, las transformaciones globales en curso, las dinámicas de acumulación flexible, muestran al turismo como uno de los indicadores de desarrollo y a la vez como un espejo de la sociedad. Paralelamente el turismo aparece como tantas otras prácticas sociales, con cambios rápidos en cuanto a preferencias y modalidades.

En cuanto a la relación entre turismo y desarrollo puede afirmarse que heredamos la necesidad de realizarnos una serie de preguntas que la investigación debe volver a plantearse: ¿cuál es la estructura del capital que sustenta las actividades turísticas en una sociedad?, ¿qué capacidad tiene el estado de retener parte del excedente generado? ¿Cómo se expresa la oscilación entre integración pasiva e integración activa de una sociedad en la economía-mundo en relación al turismo? O bien, ¿puede una sociedad periférica como la uruguaya impulsar un desarrollo más autocentrado que evite la conformación como mero soporte de dinámicas transnacionales o globales de acumulación de capital en el sector turístico? Esto último constituye una dimensión clave que, puede decirse, sustituye en forma actualizada la de si el turismo conduce a la dependencia socioeconómica que ya no refleja la complejidad del tema.

Dentro de las dinámicas globales actuales, se han señalado diversas formas de cómo toda la sociedad pasa a estar –directa o indirectamente- integrada, cruzada por los ejes de acumulación de capital provenientes del turismo. Se han mostrado algunos ejemplos en esta perspectiva, pero sobre todo se trata de marcar ya en este tramo final la potencialidad de la misma para examinar el tema en la sociedad uruguaya.

También se ha examinado la importancia que adquiere el plano simbólico en varios sentidos, pero en particular recordemos dos vectores: el análisis del turismo dentro de un mercado de bienes simbólicos y las operaciones simbólicas que distintos agentes sociales realizan para mostrar que los intereses del sector son una ganancia para toda la sociedad. En este sentido, es preciso seguir avanzando en el análisis de los discursos de diferentes agentes para comprender la construcción de subjetividades colectivas en torno al tema.

Agreguemos adicionalmente a los elementos mencionados en el apartado anterior uno más que es preciso considerar desde una perspectiva sociológica: es importante traspasar el dato de cuanta fuerza de trabajo trabaja con el turismo que asume una importancia

simbólica evidente para justificar determinados intereses y examinar concretamente elementos como el tipo de inserción laboral y la calificación requerida.

En cuanto a lo que el turismo significa a nivel de instituciones del estado, dada la dimensión que adquiere la actividad, debe quedar claro que guste o no, cualquier gobierno vive la tensión entre enfrentarse o cooperar con intereses económicos también en este ámbito. En razón de ello, más que nunca es necesaria la investigación en turismo desde la academia entendida como un reducto del control social sobre distintos intereses y de mantenimiento de una perspectiva crítica sobre el tema. El futuro inmediato dirá si se está a la altura de estos desafíos.

BIBLIOGRAFIA

Alvarez Sousa, Antón (2005). "La contribución del turismo al desarrollo integral de las sociedades receptoras. Aspectos teórico-metodológicos" en Revista Política y Sociedad N° 42, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Complutense de Madrid, pp. 57 – 84.

Baudrillard, Jean (1978). "Cultura y simulacro", Barcelona, editorial Kairós.

Bourdieu, Pierre (2005). "O poder simbólico", Rio de Janeiro, Editora Bertrand Brasil Ltda. (1ª edición: 1989).

Bourdieu, Pierre (2010). "El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura", Buenos Aires, Siglo veintiuno editores.

Buere, Gabriel (2010). "Violencia simbólica e industria turística. La construcción del escenario turístico "Peatonal Sarandí", Monografía final, Licenciatura de Sociología, FCS – UDELAR (versión primaria).

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (1990). "Dependencia y desarrollo en América Latina", México: Siglo XXI editores (edición original 1969).

Cordelo Ulate, Allen (2006). "Nuevos ejes de acumulación y naturaleza. El caso del turismo", Buenos Aires, CLACSO.

Da Cunha, Nelly y Campodónico, Rossana (2005). "Aportes al estudio comparativo del turismo en el cono sur (1900 – 1930), en "América Latina en la Historia Económica" N° 24 (julio – diciembre), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 39 – 60.

Delgado, Manuel (2005). "Ciudades de mentira" en revista Archipiélago N° 68, Madrid, Editorial Archipiélago (noviembre), pp. 17 - 27.

Falero, Alfredo (2010). "Los enclaves informacionales de la periferia capitalista: el caso de Zonamerica en Uruguay. Un enfoque desde la Sociología", Tesis de Doctorado, Dpto. de Sociología, FCS – UDELAR.

Falero, Alfredo (2008). "El turismo como derecho en Uruguay. Aproximaciones desde una perspectiva sociológica" en www.pensandoturismo.com (mayo).

Falero, Alfredo (2006) "El paradigma renaciente de América Latina. Una aproximación sociológica a legados y desafíos de la visión centro – periferia", en libro colectivo "Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano", Buenos Aires, CLACSO, pp. 217 - 286.

Frank, André Gunder (1969). "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología", en: Frank, Real de Azúa y González Casanova "La sociología subdesarrollante", Montevideo, Aportes, pp. 9 – 119.

Frank, André Gunder (1970) "Economía Política del subdesarrollo en América Latina", Buenos Aires, editorial Signos.

Germani, Gino (1979). "Política y sociedad en una época de transición", Buenos Aires, editorial Paidós.

Getino, Octavio (2009). "Turismo. Entre el ocio y el neg-ocio. Identidad cultural y desarrollo económico en América Latina y el Mercosur", Buenos Aires, Ediciones Ciccus.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2002). "Imperio", Buenos Aires, editorial Paidós.

Marini, Ruy Mauro (1993). "Democracia e integración", Caracas, editorial Nueva Sociedad.

Medina Echavarría, José (1969). "Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico", Buenos Aires, ediciones Solar y librería Hachette.

Negri, Antonio (1992). "Fin de siglo", Barcelona, ediciones Paidós.

Prebisch, Raúl (1962). "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas", CEPAL, Boletín Económico de América Latina, vol. VII, N° 1 febrero.

Putnam, Robert (1993). "Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy", Princeton, Princeton University Press.

Rostow, W. W. (1973). "Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista", México, FCE (edición original, 1960).

Sassen, Saskia (2007). "Una sociología de la globalización", Buenos Aires, Katz editores.

Sonntag, Heninz (1988). "Duda / certeza / crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina", Caracas, UNESCO / Editorial Nueva Sociedad.

Stavenhagen, Rodolfo (1970). "Siete tesis equivocadas sobre América Latina" en Cardoso y Weffort (editores) "América Latina. Ensayos de Interpretación sociológico-política", Santiago de Chile, Editorial Universitaria S.A., pp. 82 – 94 (edición original: 1963).

Urry, John (2004). "La mirada del turista", Lima, Universidad de San Martín de Porres (versión ampliada y actualizada de edición original de Inglaterra, 1990).

Wallerstein, Immanuel (1998). "Impensar las Ciencias Sociales", México, Siglo veintiuno editores / CIIH – UNAM.